

bir una gran obra. De-fi-ni-ti-va. Perdí la calma y la dicción —¡eso nunca!—. Fui un colibrí con tantas pulsaciones por segundo que ningún pulsómetro podría computarlas. Fui, otra vez, la trabajadora autónoma de *Clavicula* —por cierto, cuánto se indignan los próceres del fuego amigo cuando una mujer confiesa sus vulnerabilidades, se siente parte, visibiliza su miedo y sus antítesis, sus enfermedades sistémicas, quiere paliarlas—, pero ahora había caído en una red de afectos que satisfacía una parte volátil de mi naturaleza adictiva. Los afectos fantasmagóricos se metamorfosearon en algo tangible cuando las amapolas llegaron a las cuatro ediciones y una lágrima corrió, incrédula y agradecidamente, por mis mejillas. Sentí el agríndice tecnológico en el cielo del paladar.

6 *Parte de mí* es la cápsula protectora de *pequeñas mujeres rojas*. Los directos de Instagram fueron adquiriendo la textura de un diario de pandemia. Constataban un estado de ánimo cambiante. La mujer que escribe deja abiertas las ventanas, reales y virtuales, para que por ellas entren: el horror de una realidad sanitaria y económicamente enferma —ya lo estaba antes del advenimiento del virus—, las pistas de hielo reconvertidas en morgues, los ancianos agonizantes en las residencias que no son transferidos a las UCI, el cansancio del personal sanitario, los respiradores y la gente que muere sola mientras una lagarta de gila presidencial vocifera, como reina de corazones, “Yo hago lo que me da la gana” y es jaleada, vitoreada, elevada al altar por aquellas y aquellos a quienes más tarde o más temprano cortará la cabeza... Tendemos a través de los balcones el hilo de los aplausos y yo tiendo otro hilo: el de una bobina blanca guardada en el costurero de mi abuela Juanita, que es parte de mí y parte de mí hacia vosotras para recuperar la necesidad de la alegría y constatar que la alegría no es ñoña ni rosa ni un tentáculo de ese pensamiento positivo, tan instagrameo, en el que yo soy timonel de mi propia vida reducida a fotogenia, así como responsable única de mis triunfos y fracasos. “¿Y el sistema qué?”, como canta la canción. Y el espejismo —espejuelo baratija— de la igualdad de oportunidades qué. Usé Instagram a lo largo de estos meses como vehículo de promoción y diario de pandemia con el convencimiento de que yo soy nosotras o muchas de nosotras, y de que es necesario organizar comunidades para resistir y resistirse. Que la autobiografía puede ser un género político. Perdón por la soberbia y por este sentido del humor tan poco femenino. Por esta desnudez con las chichas colgando.

7 Me cosifico en las redes con la conciencia de que no soy libre. No soy gilipollas. Ni siquiera tan cínica. Me cosifico en las redes porque quiero hablar a través de los libros y quizá, más tarde, en lugares sin wifi. Incurro en la pequeña ambición experimental de canibalizar un medio en el que lo personal es muy político. Para mal y para bien. Las cosas pequeñas del encierro, observadas tras la lente del microscopio, se convierten en madrigueras de Alicia, *alephs* de chiscón, casas agrandadas en el reflejo especular, magníficos macarrones con tomate pasados por un filtro *Lo-Hi* que hace de ellos alimentarias flores radioactivas.

8 No usé Instagram para hermoear lo sórdido ni abrí mi casa como muestra de ejemplaridad: usé la escritura, combinada con la imagen, y el pentimento de las presencias de la red, para sobrevivir y representar una vida que eran muchas. En la literatura —incluso en la autobiográfica— no importa el natural del que se copie, sino el modo de representación que se use para conformar ese natural. El estilo es ideológico y esa parodia de la red, temible e imprescindible en el encierro, me pareció el modo más radical de búsqueda: que la memoria no se redujese a nostalgia, sino a fuerza para superar y entender el presente. Un hombre lee ataviado con una camiseta que dice *I am a hipster* mientras una gata salvaje posa desde el filo de un sillón. Podéis poner el ojo en la mirilla de esta casa que yo escribo —la casa escrita no es exactamente la casa— y os podéis compadecer de mí alocado proyectando canibal de la red de redes y las coliflores de Instagram. Por el camino, alguien se habrá comido mis riñones al Jerez y mi lengua de vaca.

“Usé Instagram con el convencimiento de que es necesario organizar comunidades”

9 *Parte de mí* es un canto a la cordialidad, a la necesidad de las personas que están al otro lado. En *Parte de mí*, en su retorcimiento del concepto comunicativo y la perversión publicitaria de las redes, en la conciencia instantánea —peligrósima en su visión deformante y en sus precipitaciones— del espacio de recepción, he hecho mi primer intento serio de literatura popular. Una mujer dentro de su casa y de su tripa busca el fuera para iniciar una conversación que exceda los límites del cenáculo literario. Puede que me castiguen por ello.

10 Lo intangible, líquido y digital se han concretado en un objeto, se han solidificado y hecho materia analógica: lo que importa es la carne —en la que habita el espíritu, faltaría más— y no utilizar el estilo para transformar en fotogénicos ni el estupor ni la precarización de lo público ni las colas del hambre. Me rebelo contra el colorín del pobre —y de la pobre—. Volveré a colocar cada tirita donde haga falta en la recuperación de la salud y las buenas costumbres. En cuanto estemos vacunadas, renuncio a la geolocalización. ■

“Marta Sanz (Madrid, 1967) es escritora y autora de libros como ‘Clavicula’, ‘Farándula’ y ‘Lección de anatomía’. ‘Parte de mí’ es su último experimento literario y, al igual que el resto de su obra, está publicado en Anagrama.